El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8150

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—1.º mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letas de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París el E. A. Lorette, rue Caumarlin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 5 de Enero de 1889

MORALEJA

Doña Blasa Tanjente, Mujer, aunque muy buena, algo imprudente. Se irritó con su yerno Pepe Zarco, Porque gustaba del café de EL BARCO. Y al otro día al despuntar la aurora Murio del berrenchin; (¡pobre señora!)

Esto prueba lector que es gran demencia El hablar mal de EL BARCO DE VALENCIA.

Los cafés empaquetados y los de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

ECOS DE MADRID

4 Enero de 1889.

Comenzó el año lluvioso y frío y las primeras noticias que circularon en Madrid fueron las de tres muertes repentinas, un suicidio y una riña de cuyas resultas quedó moribundo un pobre hombre.

—No es viernes es martes! decían al saber tan deplorables sucesos las personas agoreras.

El mismo día, á la una de la tarde y en uno de los sitios más céntricos de la corte se efectuaba un robo que sería calificado de inverosímil si un novelista lo hubiera utilizado en alguna de sus obras.

Un capitán de marina se vió de pronto al lado de un hombre que embozado en una capa y am nazándole con una pistola le dijo:

—Deme V. la cartera ó le mato.

Volvió el marino la cara en demanda de alguna persona que le favoreciese y halló á su lado un caballero con un puñal en la diestra que repitió la misma orden.

En esta situación y no atreviéndose á pedir auxilio viéndose como se veía entre un puñal y un revólver, sacó la cartera del bolsillo y la entregó á uno de los dos pedigueros. Este con la mayor tranquilidad la abrió, se apoderó de siete billetes de Banco de mil pesetas cada uno y desapareció con su camarada no sin devolver la cartera yacia al que tan tontamente acababa de ser despojado.

—Pero no había allí guardias de orden público? preguntará el lector.

—Los que prestaban servicio no lejos del paraje donde se cometió el robo dicen que nada vieron.

—Buen principio de año! Perder veintiocho mil reales! Estos picaros martes! murmuraban al saber la noticia los que aun creen que el martes es un día aciago.

No lo fue para los dos atrevidos escarbotadores, que en pleno día y en el paseo de Recoletos que es un paraje de los más céntricos de Madrid se apoderaron de siete mil pesetas.

Aquella misma tarde, ya al anochecer alquilaron un coche cinco prójimos y encargaron al cochero que los llevase á la Puerta de Hierro que estará á cosa de tres kilómetros del radio de Madrid.

Iban alegres; el villito había hecho de las suyas en aquellos cerebros naturalmente destornillados.

Ya lejos de las últimas casas se ocurrió á uno de los cinco una idea.

—Vamos á divertirnos matando al cochero, dijo á sus camaradas.

—Hombre sí, buena ocurrencia, contestaron en coro.

—Pues manos á la obra.—Cochero para...

El auriga había oído el proyect y apenas paró, se apeó del pescante

Salieron del coche los cinco cafres que proponían divertirse matando á un hombre que no les había hecho daño alguno y el más audaz sin preámbulos de ningún género dió una bofetada al automedonte. Este contestó con un revólver y disparándole dos veces hirió á dos de los caribes. Los restantes huyeron, cuando se presentó la pareja de guardias civiles que por allí rodaba.

Me parece que fue un día aprovechado el primero del año.

También se apagó la luz en el teatro de Apolo. Desde que se ha obligado á los teatros á usar la luz eléctrica, los espectadores están en las funciones con el alma en un hilo eléctrico. Con la mayor facilidad se queda la sala á oscuras y hay gritos, sustos, confusiones... un espectáculo que no se anuncia en el cartel.

Pero como todo se aprovecha en este mundo, hay gentes que solo van al teatro con la esperanza de proporcionarse la emoción que producen las tinieblas inesperadas.

Todavía no han hecho de las suyas en estos casos los tomadores de oficio; pero no será extraño que acudan á los coliseos para ver la función y apoderarse de los relojes en el momento de oscuridad.

El Ayuntamiento de Madrid ha comenzado el año resolviendo que una calle de Madrid llevé el nombre del célebre poeta Ventura de la Vega. Ha reparado una injusticia.

Julio Nombela.

Variedades.

UN COMPOSITOR ESPAÑOL

Se llama D. Luis Alonso, y fue años hace á Bruselas á seguir los estudios del arte bajo la dirección del ilustre Guéyart, director del Conservatorio de aquella capital. Prestóle al efecto su ayuda la infanta doña Isabel, que hoy puede estar orgullosa de haber sembrado en terreno fértil para el arte.

Un autor español no merecería tal nombre si al intentar poner en música una obra no se acordase de que nuestra historia y nuestras leyendas están llenas de hechos y episodios tan dramáticos como interesantes. Escogió el más escogido y popular de los personajes de nuestra escena, el Don Juan Tenorio, de Zorrilla, y con este argumento ha hecho una ópera que muy pronto tendrán ocasión de oír los dilettanti rusos.

Expuesta ha sido la elección. También Mozart ha escrito un Don Juan hace un siglo, conquistando renombre inmortal. Acerca del mérito del músico español consignamos una opinión respetabilísima, la del notable Berlioz, y dice así:

—Ignoro hasta qué punto podrá la nueva ópera contribuir á la mayor gloria de un maestro compositor, cuyo nombre es completamente desconocido; pero, ante la aparición de una obra de arte de tal naturaleza, he

creído de mi deber romper el silencio que se guarda de este asunto y comunicar á los españoles una noticia que tanto ha de halagarles y que tanta trascendencia ha de tener para el desarrollo del arte musical de su privilegiado país.

Los que han tenido el gusto de oír las más bellas páginas de la colosal producción que acaba de terminar el novel compositor, quedan maravillados del mérito artístico que revela en todas sus partes.

Precede al descorrer de la cortina teatral una magnífica sinfonía que, solamente ejecutada en un concierto, ya bastaría para infiltrar en el ánimo del espectador la grandeza fantástica que se envuelve en el drama.

Siguen á tan hermosa introducción afligidos compases que expresan la crápula, fría, irónica y sistemática de los funestos apóstatas del placer y del mal, D. Juan y don Luis: contrasta con la odiosidad que inspiran los dos crapulosos la parte musical, que da solemne idea del notable aspecto del comendador, que antepone su sencilla y grave recitado á las múltiples y triviales sonoridades de las canciones orgiásticas y los insolentes delirios de aquellos dos desenfrenados calaveras.

Sucedé á la pasada explosión la calma tranquila de la vida monacal.

Doña Inés, en el convento, presa su alma de los primeros hechizos del amor, exprésalo con una melodía profana entremezclada de armonías religiosas.

Pero lo superior, lo sublime, lo que excede á toda ponderación, el trozo más importante de la nueva ópera, es, sin duda alguna, la célebre escena de amor entre D. Juan y doña Inés. Soberbia creación, fragmento delicioso que, impregnado del más puro sentimiento musical y del más elevado pensamiento poético, será la página más bella de la nueva partitura del maestro español.

No pueden darse armonías más sublimes y encantadoras que las que pintan la dulzura del amor virginal de D. Inés, redentor del antes impuro y crapuloso de D. Juan.

Las notas murmuradoras y misteriosas que suben del fondo de las tablas, y los compases que producen las combinaciones de la orquesta, traducen de suerte mágica y verdaderamente nueva las voces de la naturaleza, que los dos amantes toman por testigo de sus juramentos de amor.

Después de la escena terrible en la cual don Juan, regenerado por el amor, jura su enemistad á los pies de D. Gonzalo, sigue aquella en que el héroe del drama, desesperado de que no se crea en la verdad de su arrepentimiento, acaba con la vida de D. Luis y la del comendador.

Un intermedio musical que para nada entra en el plan del drama, por más que de esto arranque la hermosa inspiración que le conforma, acaba de dar relieve á la genial manera de componer de Alonso: los funerales de las víctimas de Don Juan, Don Gonzalo y doña Inés.

El cortejo fúnebre atraviesa la basílica en que se celebra este acto religioso, añadiendo así á la grandeza y suntuosidad de la escena una brillantez sin igual.

En esta situación hállase el músico en su elemento.

La expresa con tan abundante manantial de riquezas armónicas y tal variedad de tonos, que claramente ponen de manifiesto hasta qué punto puede hacer alarde de su imaginación potente y creadora.

Deleita oír los coros de las doncellas llorando la muerte de su compañera cuando pasa el cadáver de D. Inés; contrasta con los toques de trompeta y de todo el metal de la

orquestra cuando desfila el cortejo guerrero del comendador.

Esta página pasará seguramente á la posteridad, como notable muestra de peregrina y hábil instrumentación.

La larga extensión de este artículo me prohíbe entrar en más detalles.

Sin embargo, imposible es pasar por alto las lúgubres y fantásticas escenas del cementerio y el bailable macabro, en donde la siniestra fantasía del compositor comprueba también su aptitud para este género.

Los espectros, las sombras, los juegos fatuos, todos los terrores supersticiosos de ultratumba que la poesía es impotente para expresar en forma inteligible, ha sabido Alonso hacerlas ver á la imaginación, entre neblinas, por medio de la armonía y los recurreos orquestales que ha puesto en juego.

Hay que oír aquellas tremebundas sonoridades enfurecidas del metal, aquel delirio de los instrumentos de cuerda, que parecen imitar en la imaginación el rugido de las llamas del Averno, combinado con el sonido hueco de los tambores y lo vertiginoso del ritmo.

Obra es de tal magnitud que, lo merezca todo menos el olvido; oyéndola se impone imperiosamente.

Sus representaciones serán un honor para España y otra grandeza para la patria afortunada de tantos grandes genios, que comprobará una vez más que esta nación, como las más adelantadas de Europa, puede contar entre sus hijos otro cuya fama artística supere en mucho á la de sus célebres toreros.

AUTÓGRAFOS DE ALEJANDRO DUMAS.

Nos referimos á Dumas padre. Sabido es que el gran literato era también un gran artista culinario. Siempre que convidaba á comer á la distinguida bohemia literaria, los ricos platos que se saboreaban en su pródiga mesa eran obra de su delicada gtonografía.

Un día que estaba atareado en su cocina preparando una succulenta comida, un inglés llamó á las puertas del célebre escritor francés. Ante la insistencia de presentar sus respetos al notable novelista el criado de este último fue á pasar recado, no sin temor. Sabía muy bien que su amo perdónaba que se le molestara escribiendo, pero no cuando hacía algún rito.

—Señor, un inglés solicita el honor de hablar con V. dijo el sirviente.

Dumas que había vivido en España y sabía como nosotros las graciosas significaciones que damos á ciertas frases, al oír la palabra inglés se volvió sobresaltado. Pero al momento reflexionó que estaba en su patria y exclamó encolerizado.

—Cómo? ha dicho usted, que estaba en casa? no le tengo dicho que cuando estoy en la cocina he salido para todo el mundo?

—Perdone usted, balleceó el confuso muchacho; ese señor ha insistido tanto que...

—Es V. un estúpido... se está pagando el arroz... déjeme V. en paz, diga V. á ese inglés que vuelva otro día.

Salgó el criado, pero al cabo de pocos segundos volvió todo colorado.

—Señor...

—¡Qué! otra vez!

—Dice que aguardará... que no tiene prisa.

—De buena tierra es, V. la cazuela de la lumbre, y será á despedirle.

Y en mangas de camisa, sin quitarse el de-